

Resumen

Pese al fortalecimiento de los procesos de integración latinoamericana de los últimos años, la participación efectiva de los sectores populares está aún lejos de ocurrir. Por ello, y con conciencia del papel central que juega la comunicación en este proceso, diversos medios alternativos están promoviendo la integración popular resistiendo y desafiando a los discursos hegemónicos de los medios dominantes, planteando nuevos imaginarios, narrativas, estéticas, y fungiendo como herramientas organizativas para la articulación de los movimientos sociales. Este trabajo busca analizar el contexto en el que surgen estas iniciativas, sus diversos matices, así como plantear rutas de análisis para vislumbrar sus posibilidades y desafíos.

Abstract

In spite of the strengthening of Latin American integration processes in the past few years, popular participation in them is still far to occur. With the consciousness of the importance that communication has in this process, alternative media projects are challenging hegemonic discourses in mainstream media, creating new narratives and aesthetics as well as collective tools to articulate social movements. This article seeks to analyze the context in which these initiatives are born, their different aspects, and proposes analytical routes to glimpse their possibilities and challenges.

Palabras clave:

Comunicación alternativa, integración popular, medios, hegemonía.

Medios alternativos para la integración popular latinoamericana

La integración latinoamericana tiene décadas de historia, matices culturales variados, miradas políticas divergentes, circunstancias históricas peculiares y acepciones ideológicas que llegan incluso al antagonismo. Sus diferentes niveles, sentidos y escalas han resultado en tres principales apuestas: la integración desde el capital –Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA) y los Tratados de Libre Comercio (TLC), la impulsada por Estados y gobiernos –Mercado Común del Sur (MERCOSUR), la Unión de Nación Suramericanas (UNASUR), la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) –y la formulada por movimientos sociales en agrupaciones como el Foro Social Américas (FSA), la Alianza Social Continental (ASC), Vía Campesina y la Convergencia de Movimientos Populares (COMPA), entre otros. A su vez, entre y dentro de las mismas, encontramos planteamientos y proyectos políticos variados que por momentos caminan paralelamente, se encuentran y divergen.

En estas apuestas y procesos ha sido central el papel que juega la comunicación: la batalla por el sentido y la lucha por la democratización de la palabra frente al poder económico e ideológico que ejercen las empresas trasnacionales de la información y la comunicación adquiere un lugar estratégico en la definición de nuestras sociedades. En este contexto, este artículo, parte de una investigación en curso, apunta a explorar la dimensión popular de la integración latinoamericana y desde ahí busca vislumbrar la existencia de nuevas apuestas comunicacionales que desde la alternatividad construyen otros discursos, estéticas y contenidos sobre América Latina, así como redes de contacto y herramientas organizativas para los movimientos sociales en pos de un proyecto de transformación y emancipación regional.

Tras los pasos de la integración popular

Cuando se habla de integración latinoamericana, el análisis predominante ha girado en torno a la dimensión económica del proceso. La creación de organismos como el Mercado Común Centroamericano (MCCA) en 1960, el Pacto Andino –hoy Comunidad Andina de Naciones (CAN) –en 1969 y la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI) en 1980, la integración ha privilegiado, no sólo en la teoría sino en la práctica, lo referente a la apertura comercial y cooperación en el ámbito productivo, dando lugar a una historia de numerosos fracasos y buenas intenciones que quedaron sólo en ello.

Posteriormente, desde su creación en 1991, el MERCOSUR ha representado un proyecto de integración más complejo que no es sólo comercial, sino también político y cultural (Páez, 2007). Esto ha generado nuevos debates en torno a las propuestas culturales y de integración social que debieran impulsar los nuevos organismos más allá de lo meramente económico con la intención de fortalecer las soberanías nacionales, la cooperación económica y la resolución de conflictos políticos, entre otros temas. Por ello, cuando se habla de casos como el ALBA-TCP creado en 2004 y la UNASUR nacida en 2008, que incorporan esquemas distintos y más complejos de cooperación y autonomía regional con proyectos de defensa, infraestructura, energía, independencia tecnológica y una nueva arquitectura financiera regional, comenzaron a surgir cuestionamientos en torno a los objetivos y estrategias que deben seguirse para que la integración lograra tener un entramado socialmente denso y sostenerse a largo plazo.

En 1991 Ruy Mauro Marini apuntaba que la integración debía “dejar de ser un mero negocio, destinado tan sólo a garantizar áreas de inversión y mercados, para convertirse en un gran proyecto político y cultural” (5). Este proyecto tendría que ser capaz de articular las demandas de

diversos sectores populares y ser asumida como una tarea de los movimientos sociales. En esta lógica, Jorge Turner (2008) recalca: “[...] ahora sabemos que no basta con que los esfuerzos de unión sean patrocinados únicamente por los gobiernos, sino que lo más importante es que el imaginario popular se adentre en la conciencia colectiva de lo que ha sido nuestro pasado y lo que debe ser nuestro futuro” (544), lo cual exigía “la formación de redes de comunicación propias en las que se incluya la difusión necesaria en escuelas, sindicatos, grupos indígenas y campesinos, intelectuales y partidos políticos afines a la propuesta” (544).

Es así que en la integración latinoamericana también se juegan las identidades, los imaginarios, la cultura y la comunicación. Así, identificamos en la dimensión popular de la integración, es decir, la integración impulsada desde y por los sectores populares, un espacio privilegiado para observar el entrecruzamiento de diversas tramas políticas, culturales y comunicacionales. La mirada de este proceso apunta a “un terreno de plataformas de lucha, completamente diferente al análisis de este tema en términos de negocios o nichos de rentabilidad” (Katz, 2008: 127).

Los movimientos sociales han ido tejiendo alianzas, articulaciones, redes y encuentros a nivel latinoamericano desde hace décadas, pero es con el embate de la globalización neoliberal que comenzaron a adoptar el tema de la integración latinoamericana como propio y prioritario. Ello implicó un fuerte cuestionamiento a los modos imperantes de integración comercial y el surgimiento de nuevas propuestas bajo el nombre de integración de los pueblos, integración desde abajo o integración popular. Este concepto implica la existencia de una matriz latinoamericana de pensamiento popular (Argumedo, 1993), es decir, un cuerpo de tradiciones de pensamiento regional y valores teórico-conceptuales propios que han dado pie a otras formas de percibir al mundo y la región. Esta matriz tiene sus raíces en la formulación del pensamiento

unionista del siglo XIX, el cual aún permea las lecturas y planteamientos de algunos sectores en torno a la conceptualización de la llamada Patria Grande. El fundamento de esta matriz está, además, en el rico terreno de experiencias, luchas históricas y manifestaciones culturales que caracterizan nuestra realidad.

Un punto de vista popular sobre América Latina y la integración reivindica la existencia y dignidad de los sectores subalternos junto con sus significados, tradiciones, expresiones simbólicas y experiencias de vida cotidiana, así como también visibiliza las apuestas políticas, las luchas contrahegemónicas y las prácticas de resistencia que son organizadas y caóticas, imaginadas y practicadas, soñadas y desgarradas a la vez. En fin, identificamos la existencia de un mundo complejo, diverso, contradictorio y subterráneo, aparentemente silenciado pero visiblemente afirmado. En este sentido, lo popular no puede ser visto ni desde una visión romántica, idealista, folclórica o conservacionista ni mucho menos modernizadora y civilizatoria. Desde una concepción gramsciana, entendemos lo popular como históricamente situado, determinado por las relaciones de fuerza, en conflicto permanente con lo hegemónico y portador de una dimensión organizativa propia (Acanda, 2007).

Como fue mencionado, la época neoliberal y la llamada década progresista han sido momentos cruciales para la integración popular debido al alcance que tuvieron las movilizaciones y conquistas populares y porque es cuando se asume más claramente el proyecto de integración popular. Ello no excluye que esta época fuera resultado de un proceso de maduración venido desde las luchas emancipatorias del siglo XIX, pasando por las luchas socialistas de los sesenta y setenta y forjada por los lazos y redes de solidaridad continental moldeadas históricamente.

La fuerza del hartazgo y la resistencia ante las condiciones inhumanas de las mayorías empobrecidas a causa del neoliberalismo tuvo sus ecos en el Caracazo de 1989, el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994, la rebelión popular boliviana contra la privatización del agua y las movilizaciones masivas que derrocaron a los presidentes de Ecuador, Paraguay, Argentina y Bolivia (Codas, 2006). Asimismo, la fuerte presencia de los movimientos latinoamericanos en el llamado movimiento antiglobalización o altermundista fue propiciada por su experiencia en articulaciones como la Campaña 500 años de resistencia indígena, negra y popular en 1992 y los Encuentros Intercontinentales por la Humanidad y contra el Neoliberalismo organizados por el EZLN en 1996, 1997 y 1999. Algunos de estos procesos dieron paso a victorias electorales de gobiernos progresistas de distinto matiz en países como Bolivia, Brasil, Ecuador y Argentina junto con la profundización de la revolución bolivariana en Venezuela. Esto significó un replanteamiento de los marcos institucionales y mecanismos de participación en los organismos de integración, así como una profundización en las iniciativas por una autonomía política y soberanía regional.

La Cumbre de los Pueblos en Mar del Plata en noviembre de 2005 en contra del ALCA colocó a América Latina como el principal escenario de crítica y resistencia al modelo neoliberal, así como de construcción de alternativas a éste. El embate del capital le había dado a los movimientos sociales una mayor conciencia latinoamericanista, anticapitalista y antiimperialista permitiendo la formulación de apuestas y debates sobre la integración latinoamericana con “la convicción de que sin proyecciones zonales no habrá forma de consolidar las conquistas populares que se obtengan en cada país” (Katz, 2008: 26). Comenzó a asumirse el proceso de integración por parte de los movimientos sociales denominándose como integración popular en 2006 durante la Cumbre Social por la Integración de los Pueblos en Cochabamba. Ahí, diversos

movimientos sociales plantearon la necesidad de construir una integración popular cuestionando y rechazando el modelo neoliberal, extractivista y mercantilista que algunos gobiernos habían y han adoptado como forma de integración, aun teniendo carácter progresista. El debate que competía únicamente a las cúpulas y empresarios latinoamericanos, llegaba a los grupos militantes que fueron organizando foros, encuentros y articulaciones para pensar y actuar en torno a la integración. De este proceso derivaron fuertes críticas al modelo agroexportador y extractivista de proyectos como la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA), la exigencia de transparencia en torno a las negociaciones y acciones de los organismos oficiales de integración y el rechazo al tratado de libre comercio del MERCOSUR con Israel firmado el 2007.

Para 2009, en medio de la crisis económica mundial, fue presentada la Carta de los Movimientos Sociales de las Américas “Construyendo la integración desde abajo de los pueblos. Impulsando el ALBA y la solidaridad de los pueblos, frente al proyecto del imperialismo” durante el Foro Social Mundial (FSM) en Belem do Pará. Apelando a los principios de solidaridad, respeto a la autodeterminación, defensa de la soberanía, los derechos humanos, la identidad y la cultura, la carta afirma:

Es necesario construir colectivamente un proyecto popular de integración latinoamericana, que replantee el concepto de “desarrollo”, sobre la base de la defensa de los bienes comunes de la naturaleza y de la vida, que avance hacia la creación de un modelo civilizatorio alternativo al proyecto depredador del capitalismo, que asegure la soberanía latinoamericana frente a las políticas de saqueo del imperialismo y de las transnacionales, y que asuma el conjunto de las dimensiones emancipatorias, enfrentando las múltiples opresiones generadas por la explotación capitalista, la dominación colonial, y el patriarcado, que refuerza la opresión sobre las mujeres.

Esta integración, reza el documento, no puede esperar a las decisiones de los Estados, sino que tiene que ser asumida “desde abajo”, con caminos más horizontales que generen “una integración

plural, horizontal, antineoliberal, anticapitalista, antipatriarcal y antimperialista”. En este contexto, algunos movimientos sociales manifestaron su apoyo al proceso impulsado por el ALBA-TCP, viendo en él la posibilidad de articular sus luchas y crear espacios de acción en favor de sus reivindicaciones pero desde un espacio con autonomía de los gobiernos, como es el caso de la Asamblea Continental de Movimientos Sociales hacia el ALBA. Otros movimientos se han agrupado en torno a otras articulaciones más autónomas y alejadas de los Estados, los organismos regionales y los partidos políticos, lo cual plantea nuevos encuentros y tensiones sobre el carácter que debe adquirir el proyecto integracionista.

Los procesos que se dan desde los últimos cuatro años ilustran el paso de la resistencia y lucha contra el neoliberalismo a la formulación de alternativas para la integración popular (Berrón, 2008). Aquí entran en juego los Estados y gobiernos con miras antineoliberales y antimperialistas –como es el caso del gobierno venezolano a cargo de Hugo Chávez– las nuevas apuestas desde los movimientos sociales respecto a la formación de sus cuadros, la difusión del proyecto integracionista y la formulación de un programa claro de trabajo. Pero más allá de estas tensiones y articulaciones, es posible identificar en el proyecto de integración popular un claro horizonte emancipador que aspira a la superación –de manera unificada, coordinada y solidaria– de los obstáculos impuestos por el capital para establecer modos alternativos de organización social más allá de las coyunturas.

En resumen, hemos visto que históricamente diversos movimientos populares en América Latina han forjado una experiencia en integración vinculando sus reivindicaciones y luchas, superando las fronteras nacionales sin esperar la acción de los organismos estatales de integración para encontrarse. Esta es una integración que viene de un legado histórico de encuentros a partir de identidades, culturas, luchas reivindicativas y necesidades comunes fundadas en el patrón

popular del que hablábamos anteriormente, sobre todo en lo que respecta al mundo indígena. Pero también entendemos a la integración popular como una propuesta contrahegemónica que tiene dimensión de clase, organizativa y geopolítica, pues enfrenta los obstáculos y divisiones que impone el capital en el orden geográfico, cultural, étnico, religioso y lingüístico para poder plantear alternativas de manera organizada (Harvey, 2009).

El reto de construir una lucha regional articulada y anticapitalista reside en no disolverse en “una serie de intereses comunitarios geográficamente fragmentados, fácilmente absorbidos por los poderes burgueses o explotados por los mecanismos de penetración del mercado neoliberal” (Harvey, 2009: 406) para pasar a una articulación que va desde lo local, pasa por lo nacional y llega a lo global. Esto significa realizar una crítica que desnude el carácter y patrón de despojo del sistema capitalista, tejer lo medioambiental con lo económico, lo territorial, lo político y lo cultural a escala regional y mundial en vista de un proyecto civilizatorio distinto y avanzar en las conquistas que se proponen las clases subalternas.

¿Qué comunicación para qué integración?

Mencionábamos al inicio la existencia de tres principales tendencias en la integración latinoamericana: la integración desde el capital, la integración desde los Estados y organismos regionales y la integración popular o desde los movimientos sociales. Esta misma distinción, con todos sus matices, puntos de encuentro y diversidades internas, puede ser aplicada al analizar el papel que juega la comunicación en la integración.

Reconocemos, retomando el enfoque de la crítica a la Economía Política de la Comunicación (EPC) (Mastrini y Bolaño, 1999; Mattelart, 1979, 2005; Moraes, 2011), una integración comunicacional desde el capital que tiene a los conglomerados mediáticos y las industrias

culturales transnacionales como protagonistas de la “unidad” latinoamericana. Estos han aprovechado la desregulación y liberalización económica para sortear toda suerte de fronteras, llevando una mirada de la región afín a sus intereses económicos que son los mismos de los que precisa el capital para profundizar su proceso de acumulación. En América Latina, la internacionalización de las comunicaciones y la convergencia tecnológica fortaleció a grandes grupos comunicacionales como Televisa (México), Cisneros (Venezuela), O Globo (Brasil) y Clarín (Argentina), que ofrecen diversos servicios multimedia y centralizan cada vez más capital mediante una estructura mercantil de inspiración norteamericana (Mastrini y Becerra, 2006).

Prevalece una dialéctica de uniformización-diferenciación (Herscovici, 1999), de monopolio-sectorización en la lógica mundial de producción de información y comunicación de la que América Latina es parte. En la región, “el medio con mayor índice de concentración es la TV abierta (85%), seguido por la TV por cable (84%) y la prensa (62%). La radio es el medio menos concentrado, con 31% de cuota de mercado para los cuatro primeros operadores” (Mora, 2012). Martín Becerra (2011) da cuenta que en el 2004 el nivel de concentración de las cuatro principales empresas de comunicación llegó al 82% de los mercados. Los otros dos sectores donde se puede ver la mayor concentración son la telefonía básica (95%) y la telefonía móvil (99%) (315).

La concentración limita no sólo el acceso, sino también las propuestas temáticas, narrativas, de formato, géneros y contenidos. Las voces se apagan, la diversidad se anula, el acceso se limita, la libertad de expresión se confunde con la libertad de empresa. Además de que la imagen de “lo que somos” ha quedado en manos de pocos y la identidad latinoamericana se encuentra a merced de representaciones reduccionistas que provocan desencuentros, exclusiones, actitudes racistas y discriminatorias e impiden solidaridades y puntos de encuentro entre países y culturas, los medios

de comunicación se han convertido en trincheras políticas de oposición para las élites desde donde expresan y justifican relaciones sociales racionalizadas por el sistema de dominación y elaboradas por la clase dominante (Mattelart, 1970).

Otra tendencia corresponde a los planteamientos en torno a la comunicación y la cultura en los organismos de integración estatal. Gracias a los llamados y advertencias de investigadores y académicos, así como de las presiones de movimientos populares, los organismos regionales en donde participan los gobiernos progresistas poco a poco han ido incorporando la dimensión cultural y comunicacional en la agenda de la integración a la par de cambios importantes a nivel nacional en cuanto a marcos legales y políticas de comunicación. Los Estados han pretendido retomar el mando en el sistema de medios atado al sector privado. Al fijar nuevas reglas de participación, regular y reorganizar la gestión y financiamiento de la comunicación y la cultura, la lucha por la hegemonía se reactiva. Se está jugando la posibilidad de pluralizar el acceso a la palabra, democratizar el espectro radioeléctrico y abrir el acceso a las tecnologías, lo cual requiere una estructura económica, política y cultural que permita su implementación y desarrollo. Los alcances de estas medidas, subrayamos, sólo puede verse como resultado de una determinada correlación de fuerzas.

En el caso de los organismos de integración regional, encontramos proyectos que hacen confluir, sobre todo a partir de 2006, iniciativas impulsadas por gobiernos nacionales para la creación de programas y dispositivos de cooperación cultural regional, financiamiento y apoyo a coproducciones, codistribución e intercambios de películas, documentales, series televisivas e información periodística (Moraes, 2011). En este sentido, se han creado proyectos de colaboración entre agencias de noticias como es el caso de la Unión Latinoamericana de Agencias de Noticias (ULAN), intercambios entre las televisoras estatales que nombrábamos

anteriormente y proyectos de producción y difusión audiovisual como la Red de Televisoras Culturales de América Latina (TAL), la Red Doctv Latinoamérica y el Programa Ibermedia. Otro caso central y polémico lo representa la Televisora del Sur (Telesur) creada en 2005 por el gobierno venezolano. Estas iniciativas muestran un serio interés por promover no sólo proyectos sino debates sobre el papel y el carácter de la comunicación, la cultura, la información y el conocimiento en los procesos de integración. No obstante, hay un desequilibrio entre la cantidad de propuestas y la profundidad y el calado que tienen en las mayorías populares. Muchas son aún incipientes, insuficientes, no alcanzan aún la masividad deseada, ni hacen “temblar” lo suficiente a los sectores hegemónicos. A ello se suman limitaciones de carácter económico (generación y obtención de recursos y financiamiento), restricciones de orden institucional (favoritismos y burocratismo), los avances que se den en cada país en materia legislativa, y por supuesto, las resistencias y ofensivas que tienen los grupos de poder y élites dominantes para frenar, deslegitimar y frustrar estos proyectos.

Por último, pero primordial en nuestro análisis, está la comunicación alternativa para la integración popular que coexiste dialécticamente (Mattelart, 1979) con las lógicas dominantes y las formas de comunicación estatal. Los movimientos sociales que abogan por la integración popular han insistido en la comunicación como elemento indispensable para viabilizar dicho proyecto. La formulación es simple: sin la incorporación de la comunicación en un sentido amplio, no habrá integración. Para ello se ha visto “la necesidad de construir una agenda mediática propia, en alianza con los movimientos sociales y redes de comunicación alternativa, para posicionar temas y enfoques frente a la agenda que imponen los medios comerciales” (ALAI, 2012). Ahondemos un poco más en esta dimensión.

Comunicación alternativa e integración popular

La categoría de lo alternativo es materia constante de debate. No existe un consenso en torno a una única definición a causa de la multiplicidad de prácticas comunicacionales que a veces son contradictorias entre sí. En el plano de la discusión teórica, Máximo Simpson Grinberg (1989) refería a la comunicación alternativa como un antídoto de las estructuras capitalistas transnacionales por su carácter democrático y participativo, así como “[...] una propuesta y proyecto que cuestiona la concentración del poder comunicacional” (40) con flujos horizontales, promoción del empoderamiento popular y uso de los medios en un proceso revolucionario. Esta es una comunicación cruzada por relaciones dialógicas de transmisión de imágenes y signos que están insertas en estrategias de cambio social estructural, y que exigen un cambio en las relaciones comunicacionales desde los sistemas de propiedad, control, elaboración y difusión de mensajes (35). De esta visión retomamos la centralidad del discurso alternativo en el quehacer del medio, siempre enmarcado en un contexto histórico-político determinado.

En una perspectiva más reciente y complementaria, Natalia Vinelli y Carlos Esperón (2004) apuntan no sólo el elemento discursivo, sino la importancia de rasgos como la estructura del medio, las formas de propiedad y gestión, el tipo de relación que se establece con los destinatarios, la formulación de los contenidos, las formas de financiamiento y, de manera especial, la vinculación con los movimientos sociales y políticos. Enfatizando que en lo alternativo no hay pureza ni dogma, los medios alternativos resuelven cotidianamente sus conflictos mediante lógicas sociales y concepciones del mundo diametralmente distintas a las dominantes pero siempre en el marco de las relaciones hegemónicas capitalistas (Vinelli, 2011). De esta manera, la comunicación alternativa se proyecta como necesidad política y como herramienta de disputa de sentido a lo dominante y de construcción de poder popular que

visualiza lo alternativo más allá de lo artesanal, pequeño, local, sino con la posibilidad de alcanzar masividad, superar las limitaciones tecnológicas y generar consenso en torno a un proyecto de transformación social (Vinelli, 2011).

En su noción de medios alternativos, Chris Atton (2001) enfatiza el potencial transformador de los medios como instrumentos de comunicación en red, centrándose en dos elementos claves para este estudio: los procesos y los productos. Atton encuentra que la heterogeneidad que defienden los medios alternativos no sólo debe darse en cuanto a la incorporación de múltiples voces, sino de una diversificación en términos de producción, organización y relaciones, así como de distribución. Lo alternativo pues, reside también en las formas creativas, innovadoras y originales de producir el medio, de organizarlo, distribuirlo y la forma en la que se insertan en un contexto sociocultural y político determinado. El autor afirma que los medios alternativos se construyen no sólo por la crítica que hacen de los medios corporativos, sino de su propia agenda de información y comunicación, basada en la vida cotidiana de los grupos sociales a los que atiende. Una construcción fundada en una libre circulación de ideas más que de rentabilidad y de un acceso real de los medios a los grupos para contar sus propias historias.

Por su parte, Jesús Martín-Barbero (1988) señala que lo alternativo lo es en tanto que asume la complejidad y heterogeneidad de los procesos de relación entre lo popular y lo masivo. Esto es especialmente importante cuando hablamos de integración popular y comunicación alternativa, ya que existen cruces e intersecciones entre la cultura masiva y las aspiraciones cotidianas de los sectores populares. De esta manera, las diferencias entre lo masivo y lo alternativo no son puras, sino que se dan trayectorias en donde interviene la complicidad, la negociación, la resistencia y la réplica de las audiencias. Esto implica desechar la visión de los receptores pasivos y reconocer

que en lo masivo hay zonas de tensión y fracturas en las que intervienen diversas luchas y apuestas de lo alternativo.

En el tema que nos ocupa, las apuestas de los medios alternativos para la integración popular implican itinerarios de redefinición de identidades e imaginarios, de discursos y narrativas, de estéticas e historias que pasan por redefinir lo nacional, así como lo supuestamente puro y verdadero de nuestra diversidad cultural. Otro elemento importante a resaltar es la centralidad de las redes que crean los medios alternativos para superar las dificultades espaciales, geográficas, tecnológicas, así como de alcance y penetración a públicos cada vez más amplios. Ello también involucra una diversificación de contenidos y formas de encuentro entre los medios alternativos y sectores populares que participan en estas redes, donde las nuevas tecnologías de comunicación e información juegan un papel fundamental para la producción, intercambio, distribución y acceso de estos contenidos.

A partir de este brevísimo recorrido, reconocemos dos dimensiones principales e indisolubles para poder tejer la comunicación alternativa con la integración popular: por un lado, la comunicación funge como elemento cohesionador, como proceso de diálogo e identificación y como posibilidad de elaboración de imaginarios colectivos compartidos. Por otro lado, está la comunicación en su carácter estratégico como herramienta de organización colectiva, de lucha de los sectores populares y como catalizador de sus proyectos políticos (Vidal y Roselló, 2009).

El primer aspecto se liga a una dimensión simbólica y cultural ligada a la vida cotidiana de los sectores populares de Nuestra América. Esto es: la capacidad de generar nuevas formas de representación, contenidos, formatos, narrativas, estéticas y discursos que propicien puntos de encuentro entre sectores sociales diversos e identidades culturales heterogéneas que componen la

realidad regional. La colonización de las imágenes y el dominio de la palabra por parte de los medios dominantes ha limitado la producción de retratos, prácticas, historias, saberes y memorias que pueden promover una comunicación desde y para el sustrato popular latinoamericano estimulando el conocimiento y reencuentro entre pueblos por encima de sus rivalidades históricas, muchas de ellas creadas e impuestas por las clases dominantes.

En segundo lugar, encontramos una dimensión de la comunicación en su carácter organizativo y de clase. Siguiendo la propuesta gramsciana que veníamos esbozando, reconocemos que la comunicación es una herramienta organizativa de los sectores populares que habla no sólo de una identidad latinoamericana, sino que quiere visibilizar y viabilizar las identidades negadas por la ideología dominante. Lo común nuestra cultura no estaría sólo en nuestra “producción espiritual”, sino en nuestros conflictos de clase, imposiciones, antagonismos, negociaciones, movilizaciones, subordinaciones, aculturaciones, resistencias, etc., tanto en el plano de lo cotidiano y lo cultural, como de lo político y económico. En este sentido, la idea de una unidad latinoamericana le otorga a la comunicación el desafío de crear herramientas que pongan en la mesa todas estas tramas, tensiones y contradicciones en una visión global. En otras palabras, dotarle a la cultura y la identidad un carácter movilizador y organizativo para la articulación de las clases subalternas que buscan fortalecer su autonomía, afirmarse en su diversidad y disputar hegemonía.

Los proyectos de comunicación alternativa de corte netamente continental y con proyección integracionista, aunque con gran tradición histórica tras ellos, son aún pocos e incipientes, pero van adquiriendo cada vez mayor relevancia dado el contexto de concentración mediática y de lucha política que vive la región. El papel estratégico que juega la comunicación ha sido ampliamente asumido por los movimientos sociales y por ello va ganando terreno en sus programas de lucha.

En la búsqueda de voces y miradas latinoamericanas

Este trabajo ha identificado proyectos concretos que apuntan a la integración latinoamericana desde lo comunicacional como el medio de comunicación digital *Otramérica*, *la Agencia Latinoamericana de Información (ALAI)*, *Resumen Latinoamericano*, *Agencia Púlsar* y la red de televisoras comunitarias *AlbaTV*, entre otros. Sobre estos proyectos se está reflexionando en torno a tres ejes: lo constitutivo y organizativo (quiénes son, cómo trabajan, cuál es su mirada de América Latina, cómo funcionan sus redes; cuál es su relación con los Estados); la propuesta temática y de contenidos (propuesta narrativa, estética y discursiva); cobertura e impacto social (dónde se ven, a qué público apuntan, cómo son usados por los movimientos sociales).

Por otro lado, el estudio se ha nutrido de entrevistas y encuentros con otros medios alternativos y comunitarios cuyo objetivo o mirada principal no es América Latina pero que abordan los contenidos sobre la región y sobre la integración latinoamericana, y de esta manera analizar el lugar ocupan ambos en su programación, bajo qué miradas, con qué voces y propuestas temáticas y estéticas. También se pretende analizar cómo funcionan las redes entre estos medios a nivel regional, qué tipo de información comparten, cómo la seleccionan y de qué manera la difunden. Como se mencionó, el análisis del trabajo de campo está en curso y no apunta a dar una respuesta acabada sobre si una integración popular es posible a partir del quehacer de los medios alternativos dado su carácter incipiente y porque consideramos que esta es sólo una de las varias dimensiones que tiene el proceso de integración regional. Busca por tanto, mapear lo existente, sugerir caminos, vislumbrar posibilidades y plantear desafíos ante esta nueva realidad. Dejamos para este espacio, algunas proposiciones preliminares para el análisis que han ido generándose en diálogo con integrantes de varios medios populares:

- Es importante tomar en cuenta los diferentes contextos locales y nacionales en los que se inserta cada medio, pues de la situación política, social y cultural dependerá el nivel de desarrollo de los medios alternativos y su posibilidad de articulación con otros medios a nivel regional.
- También resulta central reconocer la diversidad de proyectos políticos y miradas sobre la comunicación alternativa y sobre el proyecto de integración que plantea cada medio. De ello derivarán sus relaciones con el Estado, con organismos y articulaciones con otros medios.
- Hay un interés creciente por tomar a América Latina como prioridad no sólo en la creación e intercambio de contenidos sino como espacio de enunciación y articulación con otros medios. Se asume en algunos medios populares una mirada latinoamericanista, aunque son pocos los que así se reconocen.
- Muchos medios están rebasados por el trabajo que tienen para cubrir la cantidad de información que sus contextos inmediatos les exigen. Por ello, lo que pueden contar sobre América Latina es poco o está limitado a la disposición de tiempo que tengan sus integrantes.
- El mayor peso se lo lleva la generación y compartición de información sobre luchas sociales, conflictos medioambientales o crisis eventuales que acontecen en la región. Casi todo lo que se aborda está formulado en términos informativos, lo cual se ve tanto como prioridad como de un “exceso” en tanto se necesita equilibrar con otro tipo de contenidos.
- Tiene un menor peso el ámbito de lo cultural, del tratamiento sobre las identidades, pues implica un también en la innovación de nuevos géneros, formatos, narrativas y estéticas.
- Se ve como necesario ir instalando el discurso y el relato de la integración popular, ya que es todavía muy poco lo que se ha construido en este aspecto. Hay una conciencia de ir instalando una visión latinoamericanista de la realidad, de mostrar los dolores en otros

puntos del continente, de ir ampliando las discusiones e ir posicionando temas sobre América Latina en la cotidianidad, el imaginario popular y en la discusión pública.

De esta manera, vemos que las dinámicas actuales están generando nuevos procesos de disputa, creación y vinculación comunicacional que auguran intensos debates sobre el rol estratégico que juegan y deberán jugar los medios alternativos en la creación de nuevas voces y miradas latinoamericanas. En un momento de redefiniciones, de crisis de proyectos políticos, los movimientos sociales saben que es cada vez más importante la necesidad de articular sus luchas mediante discursos y miradas, si bien diversas pero convergentes en función de un proyecto contrahegemónico. Esperamos así alimentar la reflexión junto con los medios y los movimientos sobre su quehacer y poder contribuir en el proyecto que impulsan por una integración emancipadora para América Latina.

Bibliografía

- Acanda, Jorge, 2007, Traducir a Gramsci, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- ALAI, 18 junio 2012, “Comunicación, integración y buen vivir”, Alainet, <http://alainet.org/active/55736>
- Argumedo, Alcira, 1993, Los Silencios y las Voces en América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular, Argentina, Ediciones del Pensamiento Nacional.
- Atton, Chris, 2001, Approaching alternative media: theory and methodology, Scotland, Napier University.
- Becerra, Martín, 2011, “La inmaculada concepción de los medios en crisis: estructura, concentración y desintermediación del sector en América Latina”. En Sulamérica. Comunidade Imaginada. Emancipação e Integração, Niterói, EDUFF.
- Berrón, Gonzalo y Lander, Edgardo, 2008, Integración de los pueblos. Una alternativa en construcción en América Latina. Documental. Transnational Institute (TNI) y Alianza Social Continental (ASC), <http://www.tni.org/es/multimedia/integraci%C3%B3n-de-los-pueblos>
- Codas, Gustavo, 2006, “América Latina: integración regional y luchas de emancipación”, Contexto latinoamericano, No. 1, Ocean Sur.

- Harvey, David, 2009, Espacios del capital. Hacia una geografía crítica, España, Akal.
- Herscovici, Alain, 1999, “Globalización, sistema de redes y estructuración del espacio: un análisis económico”, En Globalización y Monopolios en la Comunicación en América Latina. Argentina, Biblos.
- Katz, Claudio, 2008, El Rediseño de América Latina, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Marini, Ruy, 1991, “Acerca del Estado en América Latina”, Memoria del Congreso ALAS, La Habana.
- Martín-Barbero, Jesús, 1988, Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de la razón dualista, México, Gustavo Gili.
- Mastrini, Guillermo y Bolaño, César, 1999, Globalización y Monopolios en la Comunicación en América Latina, Argentina, Biblos.
- Mattelart, Armand, 1970, Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal en Chile, Cuadernos de la Realidad Nacional, Chile, UC/CEREN
- Mattelart, Armand, 1979. Para un análisis de clase de la comunicación. Introducción a Comunicación y Lucha de Clases, Buenos Aires, Cooperativa Gráfica El Río Suená [2010].
- Mora, Andrés, Enero 2012, “Integración y medios en clave latinoamericana”, AUNA, <http://connuestraamerica.blogspot.mx/2012/01/integracion-y-medios-en-clave.html>
- Moraes, Dênis, 2011. La cruzada de los medios en América Latina. Gobiernos progresistas y políticas de comunicación, Argentina, Paidós.
- Páez, Rodrigo y Vázquez, Mario, 2008, Integración Latinoamericana: Organismos y Acuerdos (1948-2008), México, UNAM/CIALC/Eón.
- Simpson, Máximo, 1981, Comunicación alternativa y cambio social, México, UNAM.
- Turner, Jorge, 2008, “La integración de América Latina: identidad e imaginarios sociales”. En América Latina: Historia, realidades y desafíos, México, UNAM.
- Vidal, José y Roselló, Tamara, 2009, “La comunicación como eje estratégico”, Alba Tv, <http://albatv.org/La-comunicacio%CC%81n-como-eje.html>
- Vinelli, Natalia y Rodríguez, Carlos, 2004, Contrainformación. Medios alternativos para la acción política, Buenos Aires, Ediciones Continente.
- Vinelli, Natalia, 2011, “Por una Televisión Alternativa y Masiva”, En Comunicación y televisión popular. Escenarios actuales, problemas y potencialidades, Argentina, Cooperativa Gráfica El Río Suená.